

2º singladura de la novela hispánica

Conversación de apertura al curso del centenario de Baroja.

Nº 1

Muchas personas se habrán preguntado, con suspicacia, el porqué se hizo el pasado año un curso sobre la Novellística Hispanoamericana, y ahora se hace de la Hispánica. La pregunta, muy razonable desde luego, tiene su asiento en esa frase tan corriente que, hasta hace menos de un lustro, hacía exclamar a los hombres de estudio: "Yo no leo novelas". Era esta exclamación hermana gemela de aquella otra: "A mí me da sueño Chopin".

Ocurrió con la novela una cosa parecida a lo que ocurrió con Bach —ignorado por casi un siglo—; con Darío, —marginado por un cuarto de siglo; —con Chopin —despreciado por otro siglo. Se necesitó que las generaciones cambiaran y que alguien se diera cuenta de que en el músico de las fugas había un genio sin paralelos; que Darío, constituía un valor principesco de las letras castellanas y que Chopin —si se oía algo más que que los "valeses", tocados en el fin de siglo por las niñas lánguidas y casaderas— venía a ser uno de los más grandes melodistas de la historia a la par de Donizetti o de Tchaikovsky.

¿Qué fue, en cuál razón se apoyó el resurgir de la importancia de la novela?

El asunto es apasionante, y valdría la pena que nos fijáramos en el tema, para explicar, con las naturales limitaciones del investigador que ahora lo hace, los móviles que levantaron la importancia de esta disciplina.

Hace cosa de dos meses fui sometido a la misma pregunta que planteo ahora. "¿Qué es la literatura?", o "Literatura, ¿para qué? Lo que allí se habló tuvo la difusión —no sé si amplia o limitada— que da la pequeña pantalla de la Tele, a una hora en que el ciudadano generalmente está, si no dormido, con ganar apremiantes de estarlo.

Con el permiso de Uds. me atrevo a reconstruir parte de esa conversación, que cae como anillo al dedo, para hablar en términos generales de eso que se llama "la novela".

Para comenzar por el principio —consejo lleno de sabiduría —hemos de creer que nuestra primera obligación está en desgazar lo que es la palabra enigmática que pronunciamos a cada momento ya sea para ensalzarla como para hablar de ella en forma peyorativa: —"Literatura"—.

La "Literatura" comprende diversas actividades, a saber: Gramática, Retórica, Poesía, Novellística, Historia y Oratoria, (o elocuencia). Pero a poco que le echemos el ojo encima a todas estas disciplinas, venimos a caer en la cuenta de que el mundo moderno ha ido dejando en desuso o arrinconando, a varias de ellas. La Gramática se ha refugiado en los superespecializados, y su más importante función consiste en hacer pasar las negras a los estudiantes de bachillerato. La Retórica, por mor de los gustos y prisas del mundo moderno, pasó a ser una pieza de museo. La Oratoria, tal y como la entendíamos hasta el invento de la Electrónica cambió al interponer ésta entre el orador y la muchedumbre su pequeño monstruo, "el micrófono", el que hizo entrar en un periodo de languidez a los que hasta la fecha habían sido "picos de oro", por la redondez de las frases



José
Marín
Cañas

condenatorias, por la fuerza de sus pulmones, por el arrebato de sus grandes parrafadas construidas mediante una sintaxis más larga que un tren de carga. Quedaban vivas, tres disciplinas: la Poesía, la Novela y la Historia.

De tan solas que se quedaron en el quehacer humano, se conoce que sintieron frío y sin decirlo ni pregonarlo, se unieron en una sola actividad: "la novellística moderna", que como todos sabemos, es, generalmente, poética, novellística e histórica.

Es posible que algunas no tengan un sentido poético como por ejemplo, en el caso de Baroja, cuyo primer libro, "Vidas Sombrías", dada la edad del autor, sí estaban impregnadas de una poesía sobria y triste pero no así las demás novelas del celebrado autor. Pero lo que sí es irrefutable, es la condición de novellística histórica, o sea que corresponde a la narración de hechos sucedidos, o por suceder. Los hechos por suceder, como se desprende fácilmente de su enunciado, son imaginativos, pero ello no les merma su condición de históricos, porque la realidad tarde o temprano, los convertirá en hechos tangibles, y aún los realizará superando a lo imaginado. Ya se ha demostrado y se acepta como cierto, que la realidad siempre supera a la imaginación. Púedese afirmar que todo lo imaginativo, si no ha sucedido, sucederá. Lo imaginativo toma, entonces, la forma de lo profético.

Cuando "Mesié" Julio Verne escribió todas aquellas cosas tan disparatadas que hicieron felices nuestros días de niños lectores; cuando Leonardo de Vinci dibujó los artefactos que se le ocurrieron, no sabían, ni "por pienso", para usar el término popular, de que no eran inventores, sino profetas. Todo se realizó en forma más completa, más exacta, más rigurosa, ya con la ciencia "asombrosa" de los hombres.

Y si todas estas cosas lejanas de las épocas, llegaron a ser verdad, cabe aceptar la tesis de que los hechos consignados en una novela, aunque a primera vista den la sensación de ser "cosas que ocurren solamente en las novelas", han de ocurrir, en el futuro si no han ocurrido ya en el pasado o están ocurriendo en el presente. Por otra parte, el autor se vale de sus propias experiencias o de las experiencias de aquellas personas que lo rodean, y todas ellas son exactas y rigurosamente históricas, aunque nosotros aceptemos como histórico nada más que lo que narra la Historia Universal, o la Historia de las luchas sociales. De esto resulta, que hay una serie de hechos individuales, que corresponden a la vida, que se han efectuado en la vida, que fueron vividos por seres humanos, algunos de ellos cargados de horror, de angustia y de dolor, así como de alegría, o de esperanza, y que quedaran olvidados o no conocidos del resto de los mortales.

De este planteamiento, podríamos sacar la síntesis, de que en las novelas está escrita la Historia del Hombre, y que su importancia corre paralela con la importancia que tenga el Hombre, tomado en forma genérica.

Con notorio perjuicio de la brevedad de esta conversación, deseo relatar un sucedido que les dará gráficamente, la verdad de lo que he afirmado. Un niño que sentía deseos de saber lo que era un "pargo", (pescado) pidió a su abuelo que se lo enseñara. El abuelo coge al niño de la mano y lo lleva a ver el pescado, puesto en hielo para su conservación. La curiosidad infantil encuentra interesante y apetitoso, posiblemente, el pescado frío y se asombra del fenómeno, como conservador de la materia, tan proclive a pudrir.

Años después, ese niño escribe, al comienzo de un libro que le dará la vuelta al mundo, esta frase: "Muchos años después, al hacer frente al pelotón de fusilamiento, el Coronel Aureliano Buendía habría de recordar la tarde aquella en que su padre lo llevó a conocer el hielo".

Como se ve, el hecho es histórico. Aunque el autor cambie los "pargos" por el hielo, por razones obvias de literatura, belleza y contraste; y cambie al abuelo por su padre.

Esto demuestra que la novela viene a ser el relato de las pequeñas o grandes vicisitudes de los hombres. Es, como apunté antes, la Historia del Hombre, en forma genérica. Ya sé que los grandes hombres merecen historias escritas especiales, pero eso son los hombres grandes, cuyo número y calidad, los pone fuera del término genérico. Aquel de lo que se trata, es del hombre, en su sentido humano, solitario y doloroso.

¿Qué razón hay para creer que el hombre como palabra de sentido genérico, merece ser historiado, pese a su intrascendencia, a su fugacidad, a su microscópico tamaño e invalidez ante la obra del Creador? Basta una sola razón para admitir su derecho.

El hombre es un ser rodeado de circunstancias que le son ajenas. Su riqueza, su pobreza, su angustia, su esperanza, su victoria o su derrota, su idealismo o su pragmatismo; lágrimas y risas, aciertos y torpezas, ternuras y furias, aberraciones y fobias sacrificios y cobardías. Pero de todo este mundo de circunstancias que lo rodea, sola mente él tiene que morir. Todo lo demás persiste, vive, no se a gota. Sigue pululando en los demás hombres. El grave problema, lo que lo individualiza, estremece y acongoja de su persona, es que él está caminando siempre hacia su extinción total. Ese signo en la frente, "una cruz de paz", le da valor a sus actos, padecerle, experiencias, altibajos, mundo interior que debe ser registrado en forma alguna. La novela encierra la historia de todos ellos, y de muchos más que escapan a esta enumeración.

La Historia Universal es la historia política de los pueblos. La Historia de las luchas sociales, es la historia de las masas, de su conducta, aspiraciones, realizaciones. La novela es la "Historia del Hombre", que a su vez, es el gran problema de la obra del Creador.

Continuará.

novela hispánica



José
Marín
Cañas

Doy, para mayor brevedad, los ejemplos cimeros. La novela, pues, alcanza su verdadera y auténtica misión, al transformarse en la "Historia del Hombre sin historia" resumen de sus grandes problemas, acta notarial del padecer de la vida, minucioso relato de la pasión de vivir.

Si en el ciclo del pasado año trajimos a la cátedra los títulos y autores hispanoamericanos, ahora nos ha parecido adecuado, el aportar al debate, el fenómeno hispánico original.

Para esquematizar este curso, se aprovechó el centenario de Pío Baroja, nacido en San Sebastián, en "Guipúzcoa", el año de 1872. Pero pareció oportuno, no concretar estrictamente el curso al estudio de Baroja, sino al arco novelístico que comienza con Galdós, nacido en Las Palmas de Gran Canaria, continúa en Baroja, quizás el más atrevido novelista del 98, y culmina en Camilo José Cela, en los días actuales. Si hemos de estudiar las características del triángulo de novelistas, que los colocamos como se hincan en la tierra las columnas para sostener un puente, encontraremos sus ansiosas y atrayentes diferencias. Voy a pecar de pesado y es posible que hasta me pase del tamaño prudente, si me explayo con exceso sobre lo que, ya en detalle y con cuidadoso estudio, será tratado en esta misma mesa y en esta misma silla, por especialistas, muchos de ellos profesores de la Universidad; otros, literatos de nota; no falta el acucioso lector. Como se ve, es una reunión de cultivadores de la literatura, en forma activa o pasiva. Créanme, que del panorama, el más desvalido es el que ahora escribe.

Galdós fue canario, novelista de sencillez suma y claridad meridiana; en España se le cataloga como el más grande, después de Cervantes. Murió muy viejo, y ya ciego, dejando tras de su nombre, una obra monumental, sencillamente gigantesca. La serie de "Episodios Nacionales" que arranca en los preámbulos de la batalla de Trafalgar, al comienzo del XIX, y culmina en las guerras carlistas a tres cuartas partes del siglo, forma en su totalidad, un aporte vívido, emocionado y ameno de los turbulentos años que vivió España al través de sus desgracias con Napoleón, de sus atarantadas vicisitudes, con la Monarquía y el problema bivalente de los Borbones. Tal cúmulo de infortunios, en que el diamante negro de más tamaño fue la independencia de América, no tuvo alivio nunca, pues el siglo se cerró con la catástrofe del 98. De ésta, surgió el grupo que se le denomina con el título del año terrible. Del grupo de artistas, estilistas, poetas, novelistas, salió Pío Baroja, que fue, físicamente, una combinación de medidas y rasgos muy parecida a la que dibujó la figura de nuestro inmortal don Cleto. Su obra es inmensa, traducida, y reeditada.

Cinuenta años después, Cela llenaba el panorama novelístico y ensayístico español. Es gallego, como don Ramón María del Valle Inclán. Escribe con más finura que un clásico, pero con mayor desverguenza que Quevedo o que Lope. Viajero infatigable, con el hatillo al hombro, la faltriquera escasa y las piernas ágiles y prontas, ha recorrido media España a pie, dejando un reguero de libros de viajes, que nadie los superará nunca.

He aquí, pues, los extremos y el centro del arco de balles-ta novelístico que se propone realizar el Instituto de Cultura Hispánica en este año.

Continuará

El ejercicio de la narrativa quizás comience en el "Libro de los Reyes", pero eso creo que nadie lo sabe con certeza. El Talmud, se inicia antes que se iniciara la Biblia. Hay un instante, quizás el de más enjundia en la prehistoria, en que el hombre, que se ha separado de la bestia, ha dejado de hablar por señas (técnica que no le sirve de noche, dada la fecha en que aún no se han construido las plantas eléctricas y comienza a modular los primeros vocablos. Todo esto corresponde a movimientos cerebrales, dado que por el ejercicio, el cerebro va en camino de alcanzar, por lo menos, el tamaño de uno de esos que gritan en los micrófonos agitando sus melenas. Pero debe haber ocurrido, —la fecha, el momento, se perdió en la soledad de los siglos— que el hombre, que intuye vagamente su marcha hacia la muerte, desea retener lo que ha pensado. Es altamente probable que ese pensamiento no concretara una fórmula algebraica o una ley física, pero sí es casi seguro, que fue de asombro ante la obra de la creación. ¡Quizás, había nacido la poesía!

Y ni corto ni perezoso, trasladó su pensamiento a una hoja de plátano; o con un tizón, si ya había poseído el fuego, lo escribió sobre una piedra, igual a como los hombres de 140 siglos después escriben sus pensamientos en las paredes. Ese acto humano, dio nacimiento a la cultura, ya que ella vive por el afán ahorrativo de seres humanos que ambicionaron crearle una permanencia a sus borrosas y primeras ideas de admiración ante la belleza de la obra contemplada. Un crepúsculo, entonces, constituía una novedad estimable. Ocupaba en aquella época el sitio y la atracción que hoy llenan las fotos de Sofía Loren y los desnudos de Brigitte Bardot, el paso de la minifalda, la carátula de las revistas eróticas; el tanto marcado de cabeza en el "match" del domingo; el último modelo del "Mercedes", o la frase final del político. Cuando esa cultura se expandió y dio paso a sus diversas formas, nacieron Penélope y Ulises, los héroes de Troya, con Elena, Héctor, etc., etc. Se había comenzado a archivar la historia de ese elemento disociador, inferior en cualidades atléticas a la pulga, irascible, violento, resignado a su destino, amargo, adolorido, petulante, cuya sombra, como el "cofal", es evanescente por el frotar de la mano de Dios sobre el ocaso de su propia trayectoria.

La novela aparecía en el horizonte del mundo, como un acta notarial de la vida humana.

Como lo entendemos así, venimos a creer que es deber nuestro la vivisección de dicha disciplina dentro de la órbita en que el espíritu de nuestra raza, caucásica y mestiza, ha desarrollado su personalidad y ha acumulado las experiencias de su propio luchar frente a sus destinos comunes. Es obvio el afirmar que las novelísticas hispánicas, de éste y del otro lado del Atlántico, pese a las diferencias históricas, tienen un origen y una tradición iguales.

Si aceptamos todas las premisas que nos ha sido dadas el fijar, podríamos seguir adelante. Así como creemos "a pie juntillas" en todo lo anotado, creemos también, que ambas novelísticas, tienen su origen en el acervo heredado del siglo decimonónico. Así como el siglo XVII fue el del teatro, (Shakespeare, Moliere y Lope), el XIX fue el de la novela. España, como cuna de ella misma y de

sus hijas, estas provincias tan grandes o más ahora que la madre total hispánica, tenía ya una vigorosa representación en el concurso mundial de la narrativa. No ha habido libro que supere a don Quijote de la Mancha en ediciones y en traducciones. Se trata, pues, de un gigante fuera de serie. ¿A qué misteriosas fuerzas ha debido su terca permanencia, su universalidad y el hondo sentido que ha empedernido el libro?. No hay la menor duda de que tan excepcionales circunstancias lograron su origen en el hecho de ser el más imaginativo de todos los escritos, pero por idénticas razones, el más real de todos los narrados.

Somos, pues, herederos de alta prosapia, cuando entramos al siglo XIX, en el que la novela moderna logra sus contornos definidos y adquiere, no ya la forma de narrativa política embrujante y aventurera, sino la trascendental de encerrar la Historia del Hombre. De los cuatro grandes novelistas que dieron la pauta, uno fue ruso; otro, inglés; francés, el tercero y español el último. Recibimos, pues, de Dostoievsky, de Dickens, de Balzac y de Galdós, la herencia para continuar la disciplina de ir escribiendo la "Historia del Hombre que no tiene historia", asomándonos al profundo enigma de su corazón solitario.

Si nos proponemos robar unos minutos al quehacer diario y le dedicamos nuestro pensamiento a la característica fundamental de la novela moderna, nos será fácil descubrir el hecho significativo de la gran cantidad de vidas particularizadas que han sido recogidas en sus páginas por los diversos novelistas que siguieron el gran camino y ayudaron a la larga empresa. Nos limitaremos a una síntesis para no hacer de esta conversación un Directorio Telefónico. "Pío Cid", fue ya, en la pluma de Ganivet, precursor del 98, una figura solitaria de "hombre" cuyas vicisitudes hemos de recibir como historia profunda y particular. "Antonio Azorín", vive como un filósofo triste, un poco a la manera de Martínez Ruiz y un poco a la manera del "Hamlet"; "Los hermanos Karamazov", de Dostoievsky; "Gabriel Araceli", "Fortunata y Jacinta", son relatos de vidas particularizadas, por la pluma de Galdós; "Silvestre Paradox", y "Fernando Ossorio" de Baroja; "Segundo Sombra", de Güiraldes; "Arturo Cova", de Rivera; "Pedro Páramo", de Rulfo; y dentro de nuestra literatura, para citar solamente un caso, "Marcos Ramírez", de Fallas. Existen, además, "hombres" sin nombre en sus propias historias. En realidad, el nombre es secundario. Lo que importa, es su padecer.

El ciclo triunfal de la novela hispanoamericana abre el horizonte hasta hacerlo amplio, y extiende los límites del relato, ya no a un personaje, sino a una familia, llena de personajes, y al través de cien años. Antes, Ciro Alegría, había hecho la ampliación, pero fijando su contexto en un pueblo, que resulta, así, parte de una Historia Universal y política. Sería interminable, de espulgar minuciosamente toda la lista, dejando para mejor ocasión ese trabajo.

novela hispánica

En el concierto mundial del arte, España bien servida y opípara tiene dos gallegos universales: Don Andrés Segovia y don Ramón María de Valle Inclán; Cataluña, dos catalanes: Don Pablo Casals y Salvador Dalí; Andalucía, Juan Ramón, Machado y Pablo Ruiz Picasso. Las Vascongadas: dos vasos grandes: Unamuno y Baroja. De este último viejo grunón nos vamos a ocupar con un poco más de detalle, pues él como los terremotos, es el epicentro del curso que fatigosamente tratamos de cumplir.

Baroja fue médico. Mejor dicho, fue médico en Cestona. Después de Cestona, parece que no fue médico nunca más en parte alguna. Cestona es un pequeño pueblo de Guipúzcoa. De él le quedaron gratos recuerdos, porque afirma "que por no tener mucha cosa que hacer, se pasaba la gran vida".

Baroja fue, también, panadero. Mejor dicho, fue panadero en Madrid. Cuando analiza y evoca los momentos en que comenzó a escribir "El Mayorazgo de Labraz", o "La busca", hace mención de la tahona, en donde entre las cuentas, los cobros, el expendio del pan, se le iba al tiempo sancochado con las páginas de aquellos primeros libros. Hizo vida bohemia, por aquellas fechas, en compañía de su hermano Ricardo, un año mayor que él, (había nacido en el 71) y ambos se divertían inventando, como Lorenzo de Vinci, aparatos mecánicos modernos de inefables usos y de subyugantes resultados. Cela, en su libro "Del Niño al Bidasoa", repite la descripción que de uno de los inventos le hizo don Ricardo Baroja. Se trataba, dice Cela, de un "Estabilizador de aviones", artefacto muy necesario para el arte de volar, tan en boga desde hacía ya sus años. La descripción la repite Cela con estas palabras: "Era un mecanismo que cuando el aeroplano entraba en barrena, el invento se adhería a él en forma tan eficaz y compacta, que lo hacía mantenerse dentro de la misma posición hasta dar contra el suelo, con él y todos los ocupantes".

Su primer libro, "Vidas Sombrías", fue un desastre editorial y económico. Los pocos ejemplares, se destiñeron en las vitrinas. No se vendió nada. Baroja ama tres de esos escritos, breves, concisos, sobrios y tristes. Ahora, al pasar los ojos por esas páginas, se logra localizar el inmenso poder narrador, por aquel entonces cuajado de una poesía melancólica, pero viril, del que sería después el gran novelista, quizás el más atrevido y permanente del 98.

Baroja juzga que casi todas sus obras son incompletas, no bien estructuradas y con una prosa carente de pulimento y belleza. En realidad, tiene razón: Baroja fue un escritor brusco, seco, narrador escueto, descriptor sencillo, (admiraba mucho a Kipling por la magrez de sus descripciones); muy imaginativo, capaz de crear fábulas continuas. El mismo declara que no hacía planes, como Galdos, sino que cualquier detalle, hombre, paisaje, lo invitaban a iniciar una obra. Creía que "la lógica era el sostén de lo bello", seguía fundamentalmente los pasos de Stendhal, el francés y no lo convenía Flaubert, cuya técnica de la Bovary, (técnica que pareció ser viento que impresionó a Leopoldo Alas) no lo convenía por excesivamente nutrida y trabajada.



José
Marín
Cañas

Después del primer fracaso, Baroja consigue que un editor vasco le ponga en circulación una novela ya de tiros largos: "La casa de Aizgorri", obra íntima y familiar, cuyo epílogo está lleno de gran esperanza y de un profundo optimismo humano: "No, Agueda. Esa es la luz de la aurora. Es el día nuevo que nace". Quizás en estas palabras quede intuido el móvil filosófico de toda la generación del 98. A poco, aparece uno de los varios personajes que creó Baroja, "Silvestro Paradox", con "Inventos, aventuras y mixtificaciones" al que le sigue otro tipo contrastado: "Fernando Osorio" en "Camino de Perfección". Extraña esta novela y este personaje, en un novelista, como Baroja, que era "anti" muchas cosas. El mismo lo declara: Soy "antitradicionalista", pero la descripción de él mismo, vale la pena que lo recojamos para alivio de caminantes: "Yo he dicho que soy un vasco lombardo, un hombre pirenaico con un injerto alpino. Como temperamento individual me he pintado a mi mismo, dionisiaco, turbulento, antitradicionalista, entusiasta de la acción y del porvenir. Me he llamado también cariñosamente, pajarraco del individualismo, anarquista y romántico, y he dicho que en mi juventud era bruto y visionario".

Lo de anarquista no debe extrañarnos, digo yo. El español nace anarquista; después se hace farmacéutico, torero, agrimensur o cura.

La crítica lo llamó "mico erótico"; "grosero buey vasco"; "ateo, borracho, plagiaro y jumento" Pompeyo Gener lo motejó de "ogro finés" injerto en "godo degenerado" (por los visigodos de origen germánico).

Ante la lluvia de epítetos mal sonantes, Baroja dice: "Yo creo que soy un escritor incompleto, quizá no de gran importancia, pero bastante original".

Ni la fuerza demoleadora de la crítica, ni la pobreza nacional y particular, lo hicieron cejar en su labor. Y así, al morir, el inventario de obras alcanza a los siguientes títulos: "Idilios vascos", "El tablado de Arlequin", "El mayorazgo de Labraz", "La busca" (de esta obra Baroja se siente orgulloso, a pesar del infortunio que la persiguió), "Aurora Roja" (novela para anarquistas. Eran los tiempos en que Pablo Iglesias conmovía a las masas y exigía la jornada de ocho horas), "La Feria de los Discretos", "Paradox, Rey". "Los últimos románticos", "Las tragedias grotescas", "La dama errante", "La ciudad de la niebla", "Zalacain, el aventurero", "César o nada", "Las inquietudes de Shanti Andía", "El árbol de la ciencia", "El mundo es así", "El aprendizaje de Conquistador", "El escuadrón del Brigante", "Los caminos del mundo", "Con la pluma y con el sable", "Los recursos de la astucia", "La ruta del Aventurero", "Nuevo tablado de Arlequin", y "Juventud, Egotría. Este último libro, es autobiográfico, y respondió a una petición de que escribiera algo

sobre él mismo. Baroja lo hace en el 17. Parece, por el título, una premonición. En el mundo nace la revuelta, y con ella, la egolatría de la juventud, que se lanza a coger con su mano el timón.

La lista es impresionante.

Todas estas obras han sido escritas por un hombre de extraordinaria vida interior, huera como un oso, introvertido y contemplativo, de mucha imaginación para las fábulas que no planea, sino que desarrolla, dejándose llevar por la vitalidad de los personajes que se mueven con hábito insospechado. Su novela es abundantemente d'alogada; con descripciones pequeñas, sobrias y muy acertadas.

Posee las características del novelista de principio de siglo, cuando por la falta de vida nocturna en las ciudades, las lectoras y lectores, eran fieles a las largas narraciones. En el momento actual, el cine, las carreteras, y por último, la Tele, le han dado al hombre la sensación de que no tiene tiempo para nada. Eran, pues, los años en que había tiempo para todo, incluso hasta para leer novelas. "La Regenta" de Clarín tiene más de 700 páginas. Cito el libro, porque reeditada hace cosa de pocos años por "Alianza Editorial", fue el de mejor venta, pese a su longitud y a lo ñoño del argumento casi, casi, anticlerical.

Allá por los años 20, Baroja, siendo ya un superbo novelista, no hacía mucha mella en los lectores. Inundaba España una plaga de novelistas cuyos nombres se los tragó el olvido, y que, por herencia, escribían a la manera erótica de Felipe Trigo, que si bien fue un maestro del género, dio discípulos de menos cuantía. Posteriormente, Baroja se impuso, fue reeditado, traducido a varios idiomas y consagrado como una figura cimera.

Murió sin recibir, mereciéndolo, el Premio Nobel. Ya lo dije antes, y lo adelanté en un artículo publicado sobre el Centenario. Ernest Hemingway, el Nobel norteamericano, visitó a Baroja en su lecho de muerte, para darle el suyo en un acto de reconocimiento a los méritos del viejo y moribundo gigante. Sospecho que no le hizo ni le dejó de hacer gracia al viejo vasco grunón: estaba en el dintel de la muerte, cuando ya nada importa del mundo que se deja.

¿Por qué no se le concedió el Nobel a Baroja ni a Unamuno, señeros títulos dentro del pensamiento mundial? Nadie se lo explica. Me permitiré explicarlo yo, en esta noche, como lo expliqué hace muchos años, ante un público.

Uno de los refranes —sabiduría del pueblo— que más se oye, es, "Se hizo el "sueco". Equivale, a "hacerse el sordo". La "Academia de Ciencias y Letras" de Estocolmo, Suecia, está, naturalmente, integrada por una selección de suecos, duchos y sabios en las Artes y en las Ciencias. Pero a los suecos de la "Academia" les ocurre la feliz coincidencia, de que no les cuesta "hacerse el sueco", porque son suecos de "nación", como dicen nuestros campesinos. Y Uds., aunque no sean médicos, ni farmacéuticos, y menos especialistas otorrinolaringólogos, sabrán que el "sordo de nación es cosa que no tiene remedio. ¡Qué le vamos a hacer!

Esa fue la razón por la que Baroja se quedó sin el Nobel que —justo y cierto— le correspondía. (FIN)